



DECENARIO AL ESPÍRITU SANTO (DÍA 4º)

Cuarto día del decenario al Espíritu Santo en el que seguimos comentando el *Veni, Sancte Spiritus*, la secuencia de Pentecostés. En concreto hoy comentamos las siguientes expresiones con las que se denomina el Espíritu Santo: «*brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos*».

Permitid que comience haciendo una referencia a esa denominación del Espíritu Santo como brisa, como *brisa en las horas de fuego*, porque obviamente hay un pasaje que a muchos de vosotros os habrá venido a la mente y que está en el primer libro de Reyes, en el que muestra cómo se comunica Dios, cuál es el estilo de comunicación de Dios, cuando Yahvé, en el monte Horeb, se muestra a Elías. Son unos versículos maravillosos que os voy a leer.

‘Le dijo Yahvé a Elías: «Sal y permanece de pie en el monte ante el Señor». Entonces pasó el Señor, y hubo un huracán tan violento que hendía las montañas y quebraba las rocas ante el Señor; pero en el huracán no estaba el Señor. Después del huracán vino un terremoto; pero en el terremoto no estaba el Señor. Después del terremoto vino fuego; pero en el fuego tampoco estaba el Señor. Después del fuego vino el susurro de una brisa suave. Al oírlo, Elías cubrió su rostro con el manto, salió y se mantuvo en pie a la entrada de la cueva.’

Es decir, Elías intuyó que no en el huracán, no en el terremoto, no en el fuego, sino en la brisa suave estaba la presencia de Dios, y él entonces cubrió su rostro. En la brisa suave se muestra el Señor.

Y fijaos que en esta secuencia se le llama al Espíritu Santo *brisa*. Es verdad que hay otros pasajes en la Sagrada Escritura en los que Dios se manifiesta hablando con voz fuerte y potente, capaz de quebrantar la sordera. Por ejemplo, el Salmo 29 dice: «*La voz del Señor es potente, la voz del Señor es magnífica, el Dios de la gloria ha tronado*». Sí, Dios tiene distintas formas de hablar, a veces con voz fuerte; pero podríamos decir que la más propia de las formas en las que Dios se comunica con nosotros es en el susurro de su brisa, lo cual quiere decir que para poder percibir la presencia del Espíritu en nosotros es muy importante el silencio interior. El silencio interior es clave para poder oír la voz del Espíritu, para poder percibir su presencia.

Ciertamente nuestro mundo, nuestra sociedad está llena de ruidos, y no solo ruidos exteriores, también ruidos interiores. Ruidos interiores que proceden de apegos, que proceden de recuerdos que no somos capaces de liberarnos de ellos y que nos están

atormentando, preocupaciones por el futuro que nos inquietan... ruidos interiores que nos impiden vivir ese silencio necesario para que Dios se comunique como brisa suave. Una brisa suave requiere sensibilidad, la sensibilidad requiere despojamiento de muchas inquietudes y agobios. Quizás estamos llamados a ocuparnos en las cosas, pero sin ser atrapados por ellas para no perder el silencio interior. Brisa suave.

Pero continúa esta secuencia, y hay otro matiz muy importante en estas invocaciones que hoy estamos comentando. Dice también: *«gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos»*. Habla pues de lágrimas, y habla de duelos, y habla de este Espíritu como consolador en este momento: *«Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados»*. Al Espíritu Santo se le muestra aquí como el que está enjugando nuestras lágrimas.

Fijaos, existe un ministerio de la consolación; a él se refiere San Pablo en la segunda carta a los Corintios, en el capítulo primero, cuando dice: *«Bendito sea Dios, que nos consuela en cualquier tribulación hasta el punto de poder nosotros consolar a los demás en cualquier lucha mediante el consuelo que hemos recibido»*. Esta es la clave. Esas lágrimas, esos duelos que tenemos que pasar por pérdidas importantes de nuestra vida, lágrimas por los sufrimientos, tienen en el Espíritu Santo una consolación, pero no una falsa consolación. Porque también la palabra consolación a veces está refiriéndose no a un verdadero consuelo; de hecho, fijaros cómo se dice en nuestro lenguaje «premio de consolación»; la expresión «premio de consolación» es como decir: «Bueno, como no has ganado, te voy a dar algo para que te entretengas y te consuele». No, no es en ese sentido de quien dice: «Bueno, pues ya que lo que quería no lo he obtenido, me voy a conformar con otra cosa, me voy a consolar con otra cosa». No, eso de que “el que no se consuela es porque no quiere”, hace referencia a un falso placebo con el que uno intenta sustituir lo que verdaderamente esperaba. No, no. Es una verdadera consolación de nuestras lágrimas, una verdadera consolación de nuestros duelos que está fundada en una esperanza, en una firme esperanza.

¿Cuál es esa esperanza? La esperanza de que vamos a vivir en la presencia de Dios en el cielo, y que esa esperanza ya nos ha sido adelantada en las arras de esta inhabitación del Espíritu Santo y de esa presencia de Jesucristo con nosotros; el cual no solo nos promete el cielo, la vida eterna terminada la vida presente, sino que nos ha prometido que en esta vida estará con nosotros todos los días hasta el fin del mundo. Luego es una verdadera esperanza la que nos llena de consolación. La verdadera consolación viene de una presencia, y esa es Jesucristo. ¿Os acordáis de ese momento en el que Jesús ha resucitado y María Magdalena llora desconsolada y se encuentra Jesús con ella sin que ella se diese cuenta de que era Jesús, y le dice: «Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?» «Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto». Ella lloraba porque se pensaba que estaba sola, se pensaba que había concluido la presencia de Jesucristo. Bueno, pues es el Espíritu Santo el que prolonga la presencia de Jesucristo. Luego el verdadero consuelo viene de una presencia: Dios está con nosotros, Dios camina entre nosotros. Y así por ello dice, - fijaos qué expresión tan hermosa-: *«gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos»*.

No me resisto a leeros un texto precioso de San Agustín, en el que escribe unas palabras puestas en los labios de un niño que ha fallecido y que se dirige a su madre. Una madre, os podéis imaginar, que está llorando desconsoladamente por la pérdida de un hijo; no hay cosa que más le pueda hacer sufrir a una madre que su hijo muera antes que ella. Bueno, pues con una esperanza en la vida eterna impresionante, San Agustín pone en labios del niño que ha fallecido las siguientes palabras dirigidas a la madre: *«No llores, mamá, si me amas. Si conocieras el don de Dios y lo que te espera en el cielo, si pudieras oír el canto de los ángeles y verme en medio de ellos, si por un instante pudieras contemplar como yo la belleza ante la que palidecen las bellezas... Me has amado en el país de las sombras y no te resignas a verme en el país de las realidades eternas. Mamá, créeme: cuando llegue el día que Dios ha fijado para que vengas a este cielo donde yo te precedí, volverás a ver a quien siempre te ama y encontrarás mi corazón con todas las ternuras purificadas. Me encontrarás transfigurado, feliz, no esperando la muerte sino avanzando contigo por los senderos de la luz. Por tanto, enjuga las lágrimas, mamá, y no llores si me amas»*. Es impresionante esta expresión en la que entendemos cómo la fe en la vida eterna enjuga nuestras lágrimas.

Si bien es verdad que el Espíritu Santo, en otro sentido diferente a este al que me he referido, también nos inspira para que aprendamos a llorar. Porque en otro sentido el hombre debe llorar, derramar lágrimas por la injusticia del mundo. El Papa Francisco dice que la globalización de la indiferencia ha hecho que hayamos perdido la capacidad de llorar. En este sentido sí debemos llorar: llorar por el pecado del mundo, por todo lo que es la resistencia al reino de Dios. Llorar por lo que es injusto, es síntoma de un corazón sano. Si lo que nos ocurre es lamentable, si lo que ocurre en el mundo es lamentable y no nos lamentamos, algo va mal. Luego fijaos, este Espíritu de Dios al mismo tiempo enjuga nuestras lágrimas y nos dice, como ese niño a su madre: *«Mamá, no llores»*. Y al mismo tiempo también nos enseña a llorar por lo que verdaderamente debemos de derramar las lágrimas: por el pecado del mundo.

Y por eso te invito a que te unes conmigo en esta oración:

Ven, Espíritu divino, manda tu luz desde el cielo. Padre amoroso del pobre, don en tus dones espléndido, luz que penetra las almas, fuente del mayor consuelo.

Ven, dulce huésped del alma, descanso de nuestro esfuerzo, tregua en el duro trabajo, brisa en las horas de fuego, gozo que enjuga las lágrimas y reconforta en los duelos.

Entra hasta el fondo del alma, divina luz, y enriquécenos. Mira el vacío del hombre si tú le faltas por dentro; mira el poder del pecado cuando no envías tu aliento.

Riega la tierra en sequía, sana el corazón enfermo, lava las manchas, infunde calor de vida en el hielo, doma el espíritu indómito, guía al que tuerce el sendero.

Reparte tus siete dones según la fe de tus siervos. Por tu bondad y tu gracia dale al esfuerzo su mérito, salva al que busca salvarse y danos tu gozo eterno.

Amén.